

Criterio y consecuencia

¿Será capaz la guerra actual de detener la humanidad en su carrera?

¿Trasmutará los valores sociales?

¿Será un signo de vigor del capitalismo?

Fuimos anarquistas, mientras los pueblos preparaban, lenta o precipitadamente, su liberación en la paz y en el trabajo.

Fuimos anarquistas, mientras con nuestros esfuerzos, con nuestra perseverancia, con nuestra actividad, íbamos debilitando el poder absorbente del Estado, del capitalismo y del privilegio.

En la paz y en el trabajo, fomentábamos el odio al explotador. Despertábamos el espíritu de rebeldía, creábamos una nueva conciencia del derecho.

¿Dejaríamos de serlo ahora que una tragedia espantosa inunda de sangre los campos europeos?

¿Dejaríamos de serlo ahora que se ven todas las carreteras de nuestro continente, de Ostende a París, de Alsacia a Bruselas, de Galitzia a Berlín, de Prusia Oriental a Viena y de Viena a Petrogrado, cubiertas completamente de cadáveres?

¿Dejaríamos de serlo ahora ante los montones de carne humana que la rapacidad criminal del capitalismo tritura con saña brutal, con ferocidad salvaje, con refinamiento monstruoso en holocausto a sus insanos apetitos?

¿Dejaríamos de serlo ahora que los pueblos han abandonado el talismán sagrado del trabajo, para empuñar el instrumento execrable del delito? ¡No!

Lo que fuimos antes de estallar la guerra, lo somos mientras la guerra dura. Lo seremos cuando la guerra acabe.

Ahora más que nunca tenemos que afirmarnos, dar fe de vida, ser valientes. Tenemos que decirles a los soldados, que aquéllos a quienes asesinan en nombre de la patria, no son enemigos contra los cuales tienen que batirse, sino esclavos y miserables ni más ni menos que ellos, con los que deben solidarizarse.

¡Que nuestra voz llegue a los combatientes! ¡Soldados! ¡Dejad la acometida feroz y sanguinaria, signo del odio que genera la mente! ¡Daos el abrazo cariñoso, fraternal, que afirma el amor y exalta la vida en la expansión absoluta de todas sus facultades! Conservad el fusil, batíos, asesinaid si os place. Pero que sea por y para vosotros. ¡Que sea para romper las infamantes ligaduras que os esclavizan! ¡Que sea para conquistar vuestro bienestar! Es una actitud obligada. Es un deber ineludible. Así habla, así razona, así se manifiesta una conciencia anarquista.

Hay quien lo olvida renegando su pasado, escarneciendo sus obras, ultrajando sus ideas.

Hay *dioses mayores* de un ideal sublime, que gozan ante el cuadro de las balas, de las bayonetas, de los obuses mutilando cuerpos. Ante el frío, el hambre y las epidemias completando la obra y aumentando sin cesar el número de las víctimas.

Se deleitan excitando los odios de pueblo a pueblo. Esos hombres, no deben, no pueden, no tienen derecho a hablar de anarquía, porque no la sienten, porque no la aman, porque en su nombre tratan de justificar el crimen más horrendo que registra la historia.

Un hombre hubo, grande entre los grandes, generoso, noble y consecuente que sucumbió al dolor que le produjo

lo que él consideró una claudicación infamante de los que un día fueron sus compañeros, del que un día fué su maestro; y al sentir que la vida huía de su cuerpo, vitorreaba en voz baja, pero con juvenil entusiasmo la diosa de sus ensueños, la Anarquía, para estar seguro de morir pensando en ella.

Es una robustecedora compensación, y fué Anselmo Lorenzo quien nos la proporcionó.

El mejor modo de honrarle, es trabajar con ahínco, para que se realice cuanto antes lo que su mente soñó. Para que cuanto antes las víctimas del Estado, puedan pasear triunfante la bandera de su completa liberación sobre el ensangrentado cuerpo de los verdugos del pueblo.

¿Será la guerra actual el estertor de la agonía del régimen anacrónico que con justicia combatimos?

La humanidad no se detiene, no puede detenerse.

A nosotros incumbe empujarla con fuerza, para que avance, para que triunfe, para que llegue a la meta de sus aspiraciones.

Eusebio C. Carbó

Rápidas

Por culpa de la guerra europea los pocos sabios que en el mundo había, abandonando el culto de Atenea a Marte le rindieron pleitesía.

¡Ay, cómo progresamos, alma mía!...

**

Siempre será el humilde, ¡oh triste suerte!, explotado y vejado hasta su muerte, que el mundo no es del débil, es del fuerte; y el que cobarde aguanta humillaciones y ve su dignidad hecha girones sin protestar y sin que sus acciones tiendan a contener la desmedida ansia de mando del liberticida... ¡merece que éste juegue con su vida!...

**

En el mundo indecente, ¡cuán alegre la vida del ocioso! ¡y qué penosamente transcurre la de aquél que es laborioso!

José Chueca

Los gritos del Pueblo

A la memoria del inolvidable Anselmo Lorenzo.

Ya lo dijeron otros antes que yo: ¡atrás idolatrias y pomposidades!

Mi único recuerdo para ti es disputarme la brecha incommensurable de nuestro campo de acción.

Hay un vacío infinito que llenar, y si aquéllos de inteligencia desarrollada, verborrea maestra, dominadores de la retórica envolvente, hoy te ensalzan con ironía, cuando ayer llamándote «acordonado» y mañana tergiversando las doctrinas, pretendían que tus obras les sirvan de peldaño donde colocar sus espejuelos, la plebe, los hijos del pueblo, sin retórica ni verborrea de academia, pero convencidos del Ideal, clamamos Justicia, Igualdad y Libertad para todos y cada uno de noso-

tros, defendiendo el baluarte por vosotros levantado y que hoy arrastra a la Humanidad hacia nuevos horizontes trazados con la sangre generosa y los sacrificios de cien abnegados que cayeron víctimas de la tiranía bestial.

¡Hurra los valientes que serenos y firmes murieron en el patíbulo sin tener por qué arrepentirse!

¡Hurra los convencidos que no aterraron la boca de los fútiles en los fosos de Monjuich y los regaron con su sangre al grito de ¡Viva la Escuela Moderna!

¡Hurra los tenaces y persistentes en la lucha, que no retrocedieron ante la brutal represión ni a egoistas acomodamientos y supieron morir honrados!

Los parias, los ilotas, los esclavos están con vosotros y siguen vuestros pasos.

Y si los verdugos que en vida fueron para nosotros, pretenden hoy significarse en pedantes exhibiciones para engañar al vejado pueblo que guarda en su corazón vuestra generosa obra, aquí estamos sin verborrea maestra, ni retórica incomprensible, a derribar troncos, ídolos y pastores, manteniendo convencidos, los futuros rumbos que seguirán los oprimidos.

Nuestro mayor recuerdo, el más grande testimonio de admiración y gratitud, está en continuar con más bríos por la senda Ideal trazada por aquellos, que como tú, supieron morir sin arriar la bandera mundial de ¡Tierra Libre!

Y como no pretendo cantar elegías, porque la excesiva admiración tiene principios de idolatría, basta, porque me es más grato conmemorar tu nombre aportando en pro de las ideas las sanas opiniones que se hallen al alcance de mi conocimiento.

Se ha pretendido sostener por hombres al parecer inteligentes, que la Humanidad se halla sujeta a las mismas leyes que las especies pertenecientes al mundo extraorgánico.

No se de qué me asombre más, si de la *sabiduría* profesional de semejantes doctrinarios, o de la supina ignorancia que demuestran en las cuestiones sociales.

Si Darwin y Spencer sostienen que en las especies inferiores prevalecen en la lucha por la vida los más fuertes, aptos y mejores, no quieren decir con esto que la clase parasitaria de vida pléfrica perpetuadora de la esclavitud, sea la más apta ni la mejor por el hecho de incubar prole robusta continuadora de su clase.

Sin atiborrarse la memoria de estudios dudosos cuando no erróneos, conocemos que la *ciencia* de la mayoría de los *científicos* se presta demasiado al sofisma.

Nosotros entendemos por más aptos y mejores, no aquellos que por ingerir exceso de nutrición pueden y es su vida más fuerte y prolongada, sino aquellas células sociales que sostienen el trabajo y función que les encomienda el organismo social para el sostenimiento de su equilibrio.

Y bien, ¿qué no diremos cuando estas células sin la nutrición debida sostienen el sobretrabajo que pertenece a las células parasitarias y absorbentes de la verdadera nutrición social?

Pues que son infinitamente más aptas y mejores que las más fuertes.

Ni la patología, ni la anatomía, ni la biología social destinadas como ciencias a construir la arquitectura de la socialización humana, pueden admitir como superior una clase degenerada que mantiene la aberración suicida de inutilizarse en la holganza, por el hecho de que la clase activa se debilite en la anemia y el sobretrabajo.

Con más, en la especie humana no puede ni prevalece el determinismo fatal que prevalece en otras especies, pues de este modo viviríamos eternamente condenados a sufrir el desequilibrio social de los más fuertes, pero más holgazanes.

Pues si en otras especies, en la lucha por la vida, triunfa el más fuerte, ello es porque la lucha es individual y no colectiva.

En la especie humana las células del organismo social serán más débiles, pero son mucho más numerosas y activas que las más fuertes, y puestas en inteligencia, no sólo alteran la normalidad, sino que paralizan totalmente el organismo social, teniendo mucho más poder por su actividad y número que por la calidad de las *fuertes*.

Otra conclusión que sientan los teóricos del socialismo de Estado es que no pretenden la Igualdad por ser ésta imposible, pero pretenden establecerla con el colectivismo, que tiene por lema «a cada uno según su trabajo».

Yo no profetizo, niego ni dudo que la Humanidad atravesase distintas fases transitorias hasta llegar a una organización o convivencia social ulterior y más perfecta quizá que el comunismo libertario, o la libre

federación de los trabajadores libres, o cualquiera otra forma fuera de nuestra mentalidad, ya para capacitarse, ya para terminar de convencerse los timoratos y rehacios de que toda autoritariedad es tiranía.

Pero negar la posibilidad de la Igualdad, llamándonos utópicos, y luego pretender establecerla con un colectivismo autoritario es una contradicción monumental.

Dijérase que la igualdad física, psíquica, anatómica, antropológica, etc., no es posible, bien; pero sostener en esta base que por ello tampoco puede serlo la igualdad económica, es cosa, al no tratarse de tan importante cuestión, de tomarlo a risa.

Pero a risa, por lo ridículo, debemos tomar un colectivismo en el cual las figuras más preclaras, Engels y Bebel, *inventaron* un reglamento que establece, minuto por minuto, el trabajo para la mujer y tuvieron el atrevimiento de anticiparse con muchos años al acuerdo que pueden tomar las generaciones futuras para la valoración y distribución del trabajo.



¡Oh, la civilización!